

CALABAZAS

en el trastero



Catástrofes Naturales



Presenta

CALABAZAS



en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Catástrofes naturales

Créditos:

Primera edición digital: diciembre 2015

Código: COD 9785400038635050062

Ilustración de portada: Isis G. Olgúin y Miguel Puente

Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Prólogo (cortesía de Noche): Miguel Aguerralde

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Autores: Jorge Asteguieta Reguero,

Tomás Blanco Claraco, Borja F. Caamaño,

José Luis Cantos Martínez, Eugene,

Juan Ángel Laguna Edroso, Pedro López Manzano,

Ángeles Mora, Pedro Moscatel, Óscar Muñoz Caneiro,

José María Pérez Hernández,

Carmen del Pino (Raelana Dsagan)

y Santiago Sánchez Pérez (Korvec)

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza

Más información: www.sacodehuesos.com

Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca

Fosca

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Catástrofes Naturales

Imagina que una mañana sales de tu casa y como de costumbre acudes a tu puesto de trabajo o a tu lugar de estudios. Tu vida es tranquila, ordenada y sencilla, cada día es parecido o, al menos, lo que sucede entra dentro de lo que has planeado, dentro de lo posible. Pero imagina ahora que en mitad de esa jornada rutinaria, lógica, una tremenda bola de luz se dirige a toda velocidad a través del cielo hacia tu ventana. ¿Vives en la costa? Imagina una ola gigante arrastrando personas, contenedores, coches, inundando edificios, sumergiendo calles.

Te pondré un ejemplo más concreto, todavía más claro. Vivo en Lanzarote, una isla árida y rocosa que, quizá no lo sepas, solía ser verde y fértil como pocas. Hasta que hace trescientos años al volcán Timanfaya le dio por erupcionar y se llevó por delante toda la región sudoeste de la isla. Cultivos, pastos, hasta diez pueblos enteros fueron sepultados por la lava en lo que hoy conforma un paisaje único e impresionante de naturaleza volcánica que antes no estaba allí. Lanzarote sufrió erupciones intermitentes durante

más de seis años y, gracias a que las explosiones de magma fueron más vómitos de fuego que explosiones ardientes, los conejeros de entonces pudieron ponerse a salvo desplazándose hacia la costa contraria y no se lamentaron víctimas. Sin embargo, aquellas humildes gentes, que ni siquiera sabían lo que era una erupción, lo perdieron absolutamente todo. ¿Os imagináis sus caras?

Hoy los turistas pasean por el parque nacional protegido de Timanfaya, se sacan fotos, lo admiran y algunos, los más atrevidos, se saltan la prohibición de robar piedras de lava como recuerdo. Muy pocos saben que tienen debajo todo un pueblo sepultado por ese paisaje tan espectacular.

Pero este de la isla de Lanzarote es solo un ejemplo de cómo las fuerzas de la naturaleza y las leyes físicas han dado forma –y quitado forma muchas veces– a nuestro planeta y a nuestro modo de vida. Por desgracia tenemos muchos más.

Hace solo unos meses Japón sufrió uno de los terremotos más devastadores que se recuerdan, un nueve en la escala de Richter seguido por un maremoto que acabó con cerca de diez mil vidas y estuvo a punto, incluso, de provocar un desastre nuclear al averiar la central de Fukushima. Pero es

que todavía están recientes el tsunami que asoló Tailandia en 2004 o el escalofriante y desgarrador paso del huracán Katrina por Nueva Orleans al año siguiente. Por no hablar de los tifones y tormentas que han devastado regiones enteras de Sudamérica o del Caribe desde que tenemos memoria.

¿Qué sucede con las catástrofes naturales? Pues que escapan a nuestro control, que tal vez podamos predecirlas, pero no siempre evitarlas. A menudo nuestra única respuesta es combatir las, resistir, pero casi siempre acabamos reparando sus efectos después del informe de daños.

Todo nuestro concepto de civilización se sustenta en el principio de seguridad, de control, ese instinto de conservación del que hablan. Podemos resignarnos a la existencia de asesinos, guerras y hasta de grupos terroristas, los combatimos como episodios aislados dentro de una sociedad que, en general, funciona. Ponemos cara a la tragedia, encontramos a quien culpar, juzgamos su comportamiento y lamentamos un número siempre más o menos horrible, pero inevitablemente asumible, de víctimas. Seguimos con nuestra rutina.

Pero cuando un ciclón toma forma en el Pacífico y se lleva por delante miles de vidas, cuando una

lluvia torrencial destapa nuestras vergüenzas y nos demuestra la fragilidad de nuestra existencia, cuando una ola de calor, o una de frío, por no decir un virus mutante más parecido a los desvaríos de algún literato reduce en un tercio la población de un país en desarrollo, contra eso no tenemos respuesta. Solo la impotencia.

Habitamos un planeta vivo, un compendio de casualidades geológicas, morfológicas y atmosféricas que han dado como resultado, tras millones de años de continua transformación y ajuste, un delicado equilibrio demasiado fácil de romper. Nuestro papel como inquilinos de esta bomba de relojería se reduce a conocerla, comprenderla y tratar de sobrevivir.

Al pensar en la cantidad de volcanes que dormitan todavía activos, en las capas tectónicas que se deslizan bajo nosotros o en las periódicas confluencias de masas de aire frío y caliente que se producen en determinadas latitudes, no puedo evitar preguntarme cómo debe ser vivir en perpetuo estado de alerta, aterrorizado por la incertidumbre ante el caos repentino e inevitable. Pienso, por ejemplo, en California haciendo equilibrios sobre la Falla de San Andrés. En Estambul, erigida en una de

las zonas geológicamente más inestables del planeta, ¡catorce siglos de terremotos ha resistido la catedral de Santa Sofía! Imagino cómo será vivir en el Medio Oeste americano, donde los tornados reducen en cuestión de minutos sus ciudades a astillas. Pienso en volcanes en Islandia, maremotos en Indonesia, huracanes en Centroamérica... lugares acostumbrados con resignación a convivir con el desastre. Yo no podría.

Los desmanes de la naturaleza han guiado y hasta cimentado desde siempre los pasos de la Humanidad y de nuestro planeta. Si la Tierra la originó una colisión de estrellas o si a los dinosaurios los limpió una glaciación mal llevada tras el choque de un meteorito, ya deberíamos habernos hecho a la idea de que aquí quien manda es el capricho de las causas de fuerza mayor, como nos gusta llamarlas.

La antología que tienes en tus manos es un conjunto de excepcionales relatos herederos de una tradición que se remonta al origen de la escritura. Ya en la Biblia hablaban de diluvios y plagas y, como sabes, los clásicos son ricos en monstruos marinos y en describir la ira de los elementos. ¡No quieras hacer enfadar al dios de las tormentas! Esta

tradición, cómo no, ha llegado hasta nuestros días. Si la cultura popular de toda época ha guardado un lugar preeminente para las tragedias naturales, descritas y manipuladas de las más variadas maneras, el cine, la televisión y la literatura no han hecho más que alertarnos sobre nuestra vulnerabilidad ante los fenómenos externos. Para que no se nos olvide, más que nada.

¿No pasaste miedo, de niño, con monstruos mutantes, edificios en llamas, barcos de lujo en plena inundación o peligrosos virus desperdigándose por el mundo? Seguro que recuerdas la obsesión setentera de los americanos por los aeropuertos, tantas películas hicieron en torno a ellos, y tal fue la psicosis que se generó que no les quedó más remedio que parodiarla en *Aterrizaje como puedas*. Qué decir de los terremotos, de los cambios climáticos y hasta de las invasiones de hormigas, que ya tiene delito. Y es que una cosa está clara en cuanto a los desastres naturales en el cine: pueden llegar de cualquier parte.

De fuera de nuestros límites, como las más variopintas invasiones alienígenas –desde lagartos humanoides a monstruitos cabezones– o terribles meteoritos del tamaño del estado de Texas (por

supuesto tienen que ser del tamaño de Texas; si no, como los Micromachines, no son los auténticos). Del reino animal, ya sean tiburones, arañas o criaturas gigantes mutadas, de esas que suelen tener fijación con la comida japonesa. Pueden ser fenómenos atmosféricos con mala baba, como tornados, huracanes o tormentas perfectas, pero también virus, pandemias y demás desgracias biológicas, a menudo surgidas de las manos chapuceras de científicos con mala planificación de su tiempo libre.

De un modo u otro el cine, la televisión y la literatura de ciencia ficción han recorrido el catálogo de cataclismos sin dejar nunca indiferente. Desde Charlton Heston a Bruce Willis, las estrellas más populares han peleado contra las fuerzas de la Naturaleza. Por Dios, hasta hemos visto al presidente americano combatir a los marcianos pilotando su propio caza como si fuera Han Solo. Sin embargo, nada de eso debe de haber funcionado, porque seguimos aterrados.

Nos asustan las catástrofes naturales. Nos asustan porque están ahí, sabemos que van a suceder, y no tenemos poder contra ellas. Los desastres causados por la Naturaleza conforman para el ser humano el horror más primigenio, el que no podemos acotar ni

comprender, al que no podemos dar explicación ni sentido. Justicia divina, designios del destino o, cómo no, el fin del mundo. Cuando no hay cara que poner al desastre ni otra solución que sacar la cabeza y recomponer los ladrillos, miramos al cielo. ¿Cuánto le deben las religiones establecidas a las catástrofes naturales ocurridas en su origen?

Desde el principio de los tiempos el ser humano ha buscado explicación a lo que sucedía en sus cielos, en sus tierras o en sus mares. Ya fuera mediante una sucesión de leyendas, a través de la personificación de esos fenómenos en deidades o atribuyendo su aparición a la buena o mala conducta, nuestros antepasados dieron forma a su todavía inexplicado universo mediante los fenómenos naturales. Griegos y romanos, por poner ejemplos muy conocidos, tenían un dios para cada uno de ellos y, ojo, cuidado con tocarles las narices. Si el Antiguo Testamento hace un repaso *badass* de las diferentes plagas, los primeros cristianos no se cortaron a la hora de amenazarnos con una catástrofe sin igual cuando llegase el día del Juicio y con él su temido Apocalipsis.

Tanto tememos a los desastres naturales que vivimos convencidos de que el fin de la Humanidad

tendrá la forma de uno de ellos. Podríamos llenarnos los bolsillos si nos dieran una moneda por cada vez que la cercanía de un eclipse ha significado para unos u otros la llegada del desastre definitivo. Casi más miedo que la propia catástrofe deberíamos tenerles a los iluminados que la anuncian, pero esa actitud no deja de resultar el reflejo del poder incontestable de la Naturaleza sobre nosotros. La última profecía, cuyos resultados esperaremos con los dedos cruzados el año que viene –algunos escondidos en los búnkeres que sin duda ya se están construyendo–, es la del calendario maya, que dicta que a partir del 21 de diciembre de 2012 nuestro planeta se convertirá en un lugar muy poco apetecible. ¿Y cómo será ese Fin del Mundo que nos anuncian? Pues, cómo no, tendrá forma de catástrofe natural.

Por supuesto, es muy diferente que los indicios apunten hacia algo a que pongamos todo de nuestra parte para que diferentes teorías, la verdad bastante etéreas, confluyan en un mismo punto. Y desde luego hay mucha gente empleando sus esfuerzos en meternos el miedo en el cuerpo. Pero que un calendario milenario como el maya, capaz incluso de predecir eclipses, termine precisamente el 21 de

diciembre de 2012 anunciando el inicio de una radical era de cambio en todos los sentidos, no deja de ser sospechoso. Que un mecanismo profético tan contrastado como el chino *I Ching* e incluso el programa informático predictivo *Web Bot* sitúen el principio de nuestro final también para ese día... Óyeme, son hipótesis pilladas por los pelos, pero ya te garantizo que este año y poco que nos queda hasta esa fecha va a resultar bastante movidito.

Porque desde luego algo está pasando.

Solemos hacer notar, con preocupada suspicacia, el aparente aumento de la frecuencia con la que estos fenómenos se repiten y multiplican en los últimos años y por diferentes lugares del planeta. Guerras, desastres, nuevas plagas... Es cierto que ahora tenemos mucha más información que nunca y que nos llegan noticias de sucesos que años atrás hubieran pasado desapercibidos, lo que nos crea la sensación de estar inmersos del todo en una película de Roland Emmerich. Por otro lado los científicos e historiadores nos advierten que no se trata de un fenómeno nuevo, que a lo largo de millones de años la Tierra ha pasado por periodos al menos tan traumáticos como este, pero ya les vale: nos digan lo que nos digan, amigo, estas catástrofes naturales tan

continuadas nos acojonan.

Aumenta la temperatura del Sol y con ella la de nuestro planeta. Se funden los polos y sube el nivel del agua, ecosistemas enteros cambian o se destruyen, especies animales se ven obligadas a replantearse sus hábitos adquiridos mediante milenios de evolución y muchas no sobrevivirán. Las placas submarinas se mueven, los días se acortan, despiertan volcanes, cada vez llueve menos y cuando lo hace parece un castigo más que una bendición. La gripe A, la aviación, las vacas locas, la crisis económica global que acabará con nuestro sistema financiero devuelto a la Edad Media. El dichoso botón rojo o la amenaza nuclear se han bajado de los primeros lugares de nuestra lista de preocupaciones: ahora miramos al cielo, escuchamos a la Tierra, desconfiamos de los laboratorios. Y nada de lo que vemos a diario en los periódicos nos reconforta.

Entonces, ¿qué tienen que decir del 2012 los que más saben? La ciencia, por descontado, no va a respaldar oráculos ni predicciones a las que es necesario aportar una buena dosis de imaginación hasta interpretarlas en el sentido que interesa a los agoreros del fin del mundo, pero eso no quiere decir

que tenga buenas noticias. Ya desde los tiempos de Einstein se planteó la situación que nos acecha, y mucho después estudiosos de Princetown respaldan la misma teoría, que tiene poco de superstición y bastante más de observación científica. Resulta que durante el solsticio de invierno de 2012 la Tierra y el Sol se alinearán exactamente con el centro de la Vía Láctea, donde no hace demasiado se comprobó la existencia un gran agujero negro, tremenda masa de energía llamada *Sagitario A**, en una disposición planetaria que solo sucede cada veinticinco mil y pico años. Sí, parece una de esas novelas mil veces leída o una peli mala de sobremesa, pero por lo visto ese excepcional acontecimiento astronómico podría producir una inversión de la polaridad magnética de nuestro planeta. Sí, quita esa cara de asombro. El polo sur sería el norte y al revés, se formaría un pifostio importante en el campo magnético terrestre y con él en las mareas, en la presión de las placas, en los ecosistemas, en los climas... Buf, puedes pasar el rato investigando en un sinfín de documentales no muy optimistas en los que te recomendarán no dejar demasiados asuntos pendientes para 2013, aunque quizá no sea en eso en lo que quieras invertir tus últimos meses. Igual deberías buscar en Internet los

planos de construcción de un refugio casero, solo por si acaso.

Yo, por mi parte, no quiero sumarme a los portadores de malas noticias, ya hay suficientes. Me limito a presentarte con orgullo esta antología de relatos que solo pretende entretenernos y hacernos disfrutar de su lectura, aunque quiero recomendarla también como sutil advertencia.

Lee atentamente: quizá entre sus páginas encuentres mucho más en lo que pensar de lo que imaginabas.

Miguel Aguerralde, 2011

El último tuareg

Por José María Pérez Hernández

Llovía en el desierto, como siempre. Said avanzaba, acercándose lentamente a un horizonte que se mostraba incierto bajo la luz mortecina del mediodía. Sin un camino que seguir, se dejaba guiar por los tenues reflejos plateados que emanaban tras la sombra difusa de las montañas, apenas visibles en la oscuridad de la mañana.

Kabur se arrastraba vacilante, ahoyando la superficie cristalina de aquel mar de arena húmeda. Said tiraba de las riendas, insistiendo, pero con suavidad, sin atosigar al desdichado animal. Habían atravesado aquel desierto cientos de veces, soportando la crudeza del sol más ardiente y sobreviviendo a las tormentas de arena tras las dunas. Pero eso fue antes de que llegaran las nubes, cuando aún brillaba el sol, cuando las tormentas eran de arena y cuando aún existían las dunas.

El agua había anegado el desierto. Las dunas se habían deshecho como si fueran castillos de arena

que sucumben bajo las olas. Ahora era plano, ni una sola duna, ni un pequeño desnivel que disimulara la inmensidad de aquel paraje. Allí solo había agua. Agua por todas partes en un lugar donde jamás la hubo.

Sus huellas se desvanecían rápidamente bajo la lluvia, desapareciendo tras ellos el rastro de su agónico andar. Más allá se alzaba su inalcanzable destino: las montañas. Estaban lejos, aún tendrían que pasar otra noche más bajo la lluvia. Temía por Kabur, pues no sabía cuánto podría resistir su camello.

Anocheció. La oscuridad era absoluta, ya no había estrellas, ni noches de luna llena, ni siquiera una luz parpadeante en horizonte que diera vida a aquella noche. Kabur se había detenido horas antes, paralizado por la total falta de luz. No podía hacer nada, aunque le obligara a andar no conseguiría orientarse sin una Estrella Polar que le indicara el norte. Vagarían erráticamente hasta el amanecer y probablemente desharían parte del camino. No había refugio, ni manera alguna de protegerse del agua. Tendrían que descansar sobre el terreno húmedo. Se recostó apoyándose en el lomo de Kabur, compartiendo el poco calor corporal que les

quedaba. Luego, desenrolló su *tagelmust* y lo extendió sobre el animal y sobre su cabeza. Así, al menos, la lluvia no sería tan molesta.

Con la oscuridad llegó el frío. Said no se resistió a los encantos de una noche que le invitaba a acurrucarse bajo su manto helado, a dejarse arrastrar a un sueño infinito...

Liynaa cantaba con alegría mientras se afanaba en sus tareas culinarias. El inconfundible olor de la carne marinada inundaba la jaima. Said percibía el suave aroma de las especias entremezcladas con los cítricos. Se acercó a su esposa por detrás y, con un gesto cariñoso, la rodeó con los brazos por encima de su abultada cintura.

–¡Uhhmm! –dijo Said–. Alimentándolo tan bien nos va a salir un hijo hermoso.

–Quita... –dijo Liynaa apartando a su marido con un sensual movimiento de caderas–. No lo preparo para mí, ni para tu hijo. Es para ti, lo necesitarás.

–En el desierto no habrá alimento que sacie el hambre de tus abrazos, ni bebida que apacigüe la sed de tus besos.

Liynaa sonrió y le dio un beso girando la cabeza, luego continuó aderezando la carne. Añadió un poco de sal, pimienta, cilantro y una pizca de

comino. Después amasó un poco de cuscús que mezcló con el cordero. Cocinaba sin prisas, sin obviar el más mínimo detalle y todo en su justa medida, pues la buena cocina necesita paciencia y dedicación. Frió un poco de cebolla y para terminar rebozó la carne con las semillas de sésamo... un manjar de dioses.

Al despertar, el aroma del *kebbe* se diluyó bajo la lluvia de la gélida mañana. Said tiritaba, Kabur respiraba con dificultad. Debían continuar. El amanecer fue lento y triste, no como aquellos amaneceres del desierto en los que apenas en unos minutos el sol se abría paso abrasando la mañana con intensos tonos rojizos. Ahora, todo era frío y gris.

Palmeó el lomo de Kabur. El camello se incorporó indeciso, sus patas se tambalearon inseguras por el peso del barro acumulado bajo su panza, un pesado lastre que se adhería tanto a las patas del animal como a su ánimo.

Said apartó el ronزال de Kabur y limpió su hocico con sumo cuidado mientras le acariciaba las crines y susurraba palabras de amor y esperanza. Solo un Tuareg podía comprender la verdadera unión que existe entre un hombre y su *Ata Allah* en el desierto.

Una relación de igual a igual forjada en condiciones extremas, donde la supervivencia de uno depende de la del otro.

Además, ya solo se tenían el uno al otro.

Continuaron su camino con los primeros destellos tras las montañas. Aún había mucho que andar, Said dudaba que fueran capaces de llegar a las montañas antes de que cayera nuevamente la noche.

La fatiga de Kabur era evidente. Desde el día anterior Said había renunciado a montar y caminaba junto a él, pero empezaban a flaquear sus fuerzas y en un par de ocasiones dobló las patas delanteras. Said tuvo que tirar con fuerzas para evitar que se recostara; si lo hacía, no se volvería a levantar. Le quitó la montura y la abandonó en el desierto. Ya no la necesitarían.

A mediodía les reconfortó una suave brisa de aire tibio. Ahora se vislumbraban mejor las montañas, allí en la lejanía, quebrando el horizonte que habría de sellar su destino. Un leve aliento de esperanza, ensombrecido por una lluvia incesante. Hicieron un pequeño alto, lo justo para darle a Kabur los últimos dátiles y tratar de calmarlo. El camello se mostraba inquieto desde hacía horas, quizás presentía algo, o

quizás percibía algo extraño en el aire.

No tardó mucho en averiguar qué inquietaba al animal. El hedor los condujo hasta el cadáver semienterrado de un camélido. Said se acercó para inspeccionar los restos. Debía llevar muerto varios días: el agua había hinchado las vísceras a medio descomponer y la carne putrefacta se esparcía entre los huesos. Había visto muchos cadáveres en el desierto, pero algo hacía que aquel fuera diferente. Buscó en su mente, tratando de recordar qué era lo que fallaba en aquella escena. Instintivamente miró al cielo... no estaban allí. Quizás fuera el agua que les impedía volar, o quizás fuera la oscuridad, pero lo cierto era que hasta los buitres del desierto habían desaparecido.

Supuso que aquel desdichado formaría parte de alguna caravana, o de algún grupo de beduinos que emigraba hacia el norte huyendo de la lluvia. El camello se habría perdido en la oscuridad, o puede que agotado se negara a seguir adelante. Pero sus dueños no podían estar demasiado lejos, quizás pudieran alcanzarles. Pronto se dio cuenta de lo baldío de su esperanza, pues si bien habría sido capaz de seguir las huellas desechas por el viento, el agua las borraba completamente. Allí, pensó, no

había ningún rastro al que aferrarse.

Pero se equivocaba, el rastro había quedado en el aire, un largo reguero de putrefacción y muerte que Kabur pudo seguir sin dificultad. Encontraron más cadáveres en descomposición, entre ellos los de algunas cabras y ovejas. Sin duda se trataba de pastores que huían hacia las montañas. Quizás allí encontrarían cobijo y alimento para sus animales. O puede que ya hubieran llegado. Recobró el ánimo, incluso Kabur pareció recuperar las fuerzas.

Pero sus esperanzas se desvanecieron completamente al atardecer. Su incansable compañero había seguido caminando a pesar de la oscuridad, de alguna forma, el olfato le orientaba y le impulsaba a seguir. Pero de repente se detuvo. No muy lejos, cientos de formas inciertas rompían la uniformidad del paisaje. Era el campamento. La testarudez de Kabur, que se negaba a continuar, era un mal presagio. Siguió solo.

La imagen era desoladora. Entre las *jaimas* desplomadas por el peso del agua, había cientos de cadáveres desperdigados: animales, niños, mujeres y hombres conformaban aquel terrorífico escenario. Said cayó de rodillas, y hubiera rezado por el alma de aquellos desdichados, pero hasta la piedad se

diluía bajo aquella lluvia interminable. Otra carga más.

No podía quedarse allí, pero no tenía fuerzas para marcharse. Agotado, derrotado y sin esperanza permitió que su mente se dejara arrastrar al abismo de la inconsciencia donde esperaban terribles pesadillas...

Una larga caravana se perfilaba sobre la duna; al frente, con un dromedario bellamente ataviado, viaja el amghar, el líder. Lo reconoció enseguida, era su padre, seguido por sus hermanos, sus parientes, su pueblo. Recorren el desierto, como siempre. Tras ellos, un Sol brillante los ciega impidiéndoles ver las nubes que se acercan. Corre, quiere avisarles, pero sus pies se hunden en la arena húmeda, no puede avanzar. Grita advirtiendo del peligro, pero sus gritos se ahogan bajo el ruido de los truenos...

Le despertó Kabur que se postraba a su lado. Había vencido su instinto natural y se había acercado al campamento a pesar del hedor a muerte. Debía sentirla muy próxima para vencer ese miedo. Quizás buscaba el auxilio que él no podría darle, o quizás tan solo buscara su compañía. No es fácil enfrentarse a la muerte en la soledad.

Aún era de noche.

La tormenta los había sorprendido lejos del campamento, las nubes aparecieron de repente y en unos instantes el cielo se oscureció. Poco después empezaron a caer los rayos, uno tras otro, luego varios a la vez, ni una pequeña pausa. El cielo estaba permanentemente iluminado. Miles de lanzas ardientes caían por todas partes, la supervivencia era un macabro juego de azar. Él tuvo la mala fortuna de sobrevivir.

Los rayos caían sobre la caravana, todos corrían desesperados sin saber a dónde ir. Alguien dijo que buscasen refugio bajo la duna más alta. Corrieron hacia allí, pero cuando llegaron, la duna se les vino encima...

Amaneció; un nuevo amanecer sin sol.

Le sorprendió contemplar lo cerca que estaban las montañas. Su errático andar los había conducido a los pies de la montaña.

Kabur yacía recostado sobre su lomo. No era una postura normal. Temiéndose lo peor le dio una palmada en el lomo y le susurró nuevamente al oído, insuflándole palabras de esperanza. Kabur resopló pero no se levantó. Insistió nuevamente, tirando con suavidad de las riendas. Se inclinó bajo su lomo y empujó con todas sus fuerzas tratando de obligarlo.

Kabur no se levantó. Said se quedó junto a su camello todo el día, sabía que había llegado al final de su camino. Quizás algún instinto irracional le revelaba a su fiel compañero que ya había cumplido su misión, y que ya nada tenía que hacer. En las montañas, el camello sería un estorbo.

Al atardecer sintió cómo se apagaba la respiración de Kabur. No supo qué hacer, en el desierto los animales no se entierran, se dejan al sol para que las aves de rapiña se alimenten, y así la muerte da vida y se perpetúa el ciclo. Pero ya no había vida en el cielo. Se alejó de allí. Juró rezar por él, al igual que había jurado hacerlo por aquellos pastores, por su pueblo, por su familia, por Liynaa y por ese hijo que no conoció.

Pero no rezaría allí. Sus oraciones se las llevaría el viento y no se diluirían bajo la lluvia.

Nunca había ascendido por una montaña, su vida había transcurrido en el desierto. El ascenso era complicado, sus pies desnudos resbalaban en la piedra húmeda y sus ropas se enredaban entre los arbustos reseco por el exceso de agua. Un mundo de naturaleza invertida, donde nada era como lo recordaba. El agua, que fuera la fuente de la vida, ahora tan solo arrastraba la muerte. Ahora, huía de

aquellas sombras que antaño le dieran cobijo.

Se deshizo de la ropa, unas vestimentas que fueron signo de nobleza y que ahora eran apenas unos harapos hechos jirones, una muestra de lo poco que le quedaba. Continuó el ascenso desnudo, pues si nada tenía, nada tendría que esconder.

El agua caía en cascada por las rocas, lo obligaba a sujetarse fuertemente para evitar caer. Encontró refugio tras una pequeña catarata; una nueva muestra de lo ilógico de este mundo, pues el único lugar seco que había encontrado en meses estaba bajo el agua.

Se acurrucó en una esquina, encogiendo su cuerpo en postura fetal, intentando retener ese último hálito de calor en su cuerpo mientras se dejaba atrapar nuevamente por las terribles pesadillas...

Sujetaba el cuerpo inerte de Liynaa, arrastrada por el barro, y junto a ella el bebé acurrucado bajo su regazo. Ni siquiera lo había visto nacer. Toda su familia, sus amigos, su pueblo, habían muerto.

Sintió la inconmensurable desdicha de seguir vivo.

Despertó. Tenía calor, a pesar del frío gélido de aquel amanecer. Era su cuerpo, que ardía. Apenas le

quedaba tiempo, su maltrecho organismo no aguantaría mucho más; pero su destino estaba cerca. Siguió ascendiendo.

Empezó a nevar. Reconoció la nieve, su madre le había hablado de ella cuando era pequeño, aunque nunca imaginó que andaría sobre ella. Poco después, a mediodía, comenzó la niebla. El aire se volvía denso y opaco, como su mente, cada vez más confusa por la fiebre.

Durante horas la realidad se fundió con las alucinaciones. A sus pies la tierra se quebraba en una caída de cientos de metros, un precipicio tentador que podía acabar con aquel sufrimiento inútil. Pero ese no era su destino: había hecho una promesa y la cumpliría. Continuó ascendiendo entre sueños delirantes. Sabía que estaba cerca, pero ya no le quedaban fuerzas. Cayó vencido, pero entonces vio algo anormal que le produjo una extraña sensación de felicidad. Justo después, perdió la consciencia...

Soñó con las estrellas.

Le despertó un calor extraño, no era la fiebre. Abrió los ojos y le cegó una luz que rápidamente reconoció. Se levantó. A sus pies estaban las nubes, un inmenso mar blanco que se extendía hasta el horizonte. Y justo allí, aparecía el Sol.

Por fin, amanecía. Un verdadero amanecer, con el Sol en el horizonte.

Se postró y rezó. Cumplió su promesa: rezó por su pueblo, por su familia y por todos aquellos que habían muerto ahogados en el desierto.

Y sus oraciones se las llevó el viento.

Sobre el autor de «El último tuareg»:

José M. Pérez (Tenerife) es ingeniero de Telecomunicación de profesión y escritor por ilusión. Cuenta con una única novela, «Proyecto Erinia», que fue galardonada con el Premio Andrómeda 2010 y una serie de relatos premiados o seleccionados en diversas antologías. A destacar: «El rastro perdido», publicado en la antología Visiones 2008. «A sotavento de Montjuic», tercer premio del concurso Ovelles Elèctriques I. «Orbita Koimeterion» mención honorífica en el Ovelles Elèctriques II, «Los Elegidos», segundo puesto en el concurso Teseo V y publicado en nanoediciones. «Aristarco de Samos» ganador del concurso Teseo VI, «Columnas de Humo», mención en el Premio TerBi 2011, «De lo que aconteció en Matalascabras» seleccionado para el Calabazas: Día de los difuntos y publicado por Saco de Huesos, «La Brújula» publicado en la antología «No Tocar», «Cándido» seleccionado para la Antología del Premio Andrómeda 2011 de relatos.